

III. [Himnos, sorteo y saludo de capitanes]

Ya formadas las dos escuadras, quietas,
imponentes las figuras enhiestas,
de los himnos parciales a la espera.

110 Rítmica, acompasada,
resolvió Congodia su canción patria
por ciento veinte mil voces cantada.
Llenó después el aire la presencia
del himno natural de los Estados
Unidos, que muy poco se escuchó,
115 por loca barahúnda de silbidos
que al Bombasí Stadium estremeció.
Lo mismo ocurrió con las melodías
de Brasil, Grecia y de Francia, Argentina,
 también esa de Italia
120 y con todos, hasta el madrigal sirio.
 La orquesta se dispuso,
 atacar en acordes
 el himno de Alemania,
la lluvia de frutas de gran desborde
125 cayó como un alud sobre la banda
tirando un pífano, violín y oboes.

El árbitro cerrando
la ceremonia previa

130 corrió hacia el centro de la cancha, huyendo
de aquellos proyectiles
certeros y tremendos.

La orquesta hacia el túnel retrocedió
y el meteoro de un lechón pequeño
en la cabeza del primer trombón
135 aterrizó violento.

Los músicos rompieron
filas hacia el vestuario
lejos de alimenticia tempestad.

140 La hora de la verdad ya se acercaba,
y el aliento de la parcialidad
congodiana, su azote
sonoro acrecentaba.

El árbitro llamaba capitanes
hacia el círculo en medio del terreno.
145 Berén-Berén y Seller
despacio fueron hasta el neutral centro.

«¡Deben esperar que esta
moneda toque el suelo,
y ninguno de ustedes
150 antes se mueva, nada,
porque lo muelo entero!»

El árbitro belga mantuvo el cobre
en su mano cerrada, y como prueba
entre los dos hombres de fiero porte,

155 hizo ademán de tirarla hacia fuera.
Pronto estuvo Berén
Berén de abalanzarse sobre el aire
pero el belga lo arrolló como un tren,
con la mirada fulminante y ronca
160 dijo: «¡Ojo, congodio!»
con la mano en el bolsillo y con bronca:
«O amarilla es esta, la que te toca».
El juez arrojó el cuño finalmente,
que describió una curva y llegó al césped.
165 Al tiempo los tres hombres inminentes,
abalanzados por el desenlace
colisionaron entre sí las frentes.
El belga rabioso, transfigurado
mostró ante los otros, desalentados,
170 la biliosa tarjeta amenazando.
La masa, calórica y tumultuosa
rompió en una rechifla pavorosa.
«¡Ahora los que mueven son ustedes!»
gritó el juez dirigiéndose hacia Seller.
175 Ya todo estaba listo, era el comienzo
del histórico y formidable encuentro.

Seller se disponía,
retrocedía hacia la defensiva,
y vio que el capitán Berén-Berén
180 le estiraba su diestra
de sudor corrosiva.
«Suerte», masculló aquel gigante oscuro,

la palma de Seller chocó en la otra
y sintió en sus dedos el dolor puro
185 atenazándole entonces la mano
que quedaría chamuscada y rota.

Seller buscó en su memoria los datos
 del seis Berén-Berén:
su familia, su historia, sus contratos,
190 largándole entonces con gran desdén:
«¿Sigue tu divina madre acostándose
con aquel marinero turco y vago?»